

PARA UNA HISTORIA DE LA CIENCIA POLÍTICA *

Introducción al volumen *La scienza politica in Italia*,
edición de Luigi Graziano, Milán, Angeli 1986

La idea de un balance de la disciplina favorecida por el Congreso del que hoy se entregan las Actas y por las demás iniciativas que lo han acompañado, nació de la obvia constatación del notabilísimo desarrollo que la ciencia política italiana había conocido después de decenios de abandono, durante y después del fascismo. No faltaba la conciencia de lagunas, ni la búsqueda —común a los demás estudiosos de los otros países (Easton, 1985)— de nuevas perspectivas de análisis y de nuevos paradigmas (Pasquino, 1984). Pero, por encima de todo, dominaba el convencimiento de que la «ciencia política italiana había realizado pasos notables» (Von Beyme en este volumen) y que el camino recorrido en los últimos veinte o treinta años había sido, como dice Sartori en su aportación a esta selección, «muy grande y fecundo».

Los indicios de este desarrollo y las razones de este relativo optimismo eran múltiples. Por un lado, la ciencia política, que a finales de los años sesenta tenía aún escasa presencia en la universidad italiana, y contaba con pocos profesores y prácticamente ninguna cátedra (salvo la de Sartori en Florencia), había alcanzado en los últimos 15 o 20 años una presencia propia y una consistencia en la estructura universitaria. La organización de la profesión había recibido un impulso notable con la fundación en 1981 de la Sociedad Italiana de Ciencia Política, organismo mucho más

* Traducció d'Assumpta Camps.

profesional y profesionalizante que la anterior asociación.¹ La cantidad, así como la calidad, de los estudios y de las investigaciones, había crecido enormemente como demuestran los materiales preparatorios para el Congreso (*La scienza politica in Italia*, 1984) y, más recientemente, los repertorios en apéndice a este volumen. Por último, aspecto aún más importante quizá de los inciertos primeros inicios (y ostracismos), la ciencia política había obtenido significativos reconocimientos dentro de la cultura italiana, académica o no, y a los politólogos se les pedía cada vez más a menudo que aportaran su propia contribución a la solución de los problemas políticos y sociales del país —de las reformas institucionales a los diferentes problemas que tenían origen en la crisis del Welfare State.

Junto al «éxito» debía explicarse su retraso. Lo que hacía falta explicar era tanto este notable desarrollo como el hecho de que éste se hubiera producido tan tarde, mucho más tarde, por ejemplo, que en Alemania (Von Beyme, 1982; Kastendiek, 1985), la Gran Bretaña (Hayward, 1982) y Francia, país éste donde la disciplina había tenido que superar obstáculos no del todo diferentes a los que halló en Italia (Leca, 1982; Favre, 1982), por no hablar de los Estados Unidos. ¿Cómo y de qué modo se produjo el desarrollo? ¿Qué barreras, culturales e institucionales, se habían tenido que salvar? ¿Y qué condiciones habían incidido positivamente en el cambio, hasta el punto de permitir que la disciplina adquiriera legitimidad cultural y una más sólida identidad científica?

Estos eran algunos interrogantes que se le planteaban a todo aquél que quisiera intentar reconstruir los avatares de la ciencia política y de su desarrollo en la Italia de la postguerra.

Junto a estos problemas había otros. Un balance no exige un trabajo tan sólo de reconstrucción histórica, sino de valoración de los resultados, pautas de juicio sobre cuya base medir el desarrollo completo de un campo del saber. ¿Cómo valorar —y sobre la base de qué criterios— los progresos alcanzados más allá del desarrollo cuantitativo, que es indudable? ¿Cómo se ha planteado, por ejemplo, en el ámbito de la difusión de estos estudios el problema de la relación entre teoría e investigación, elaboración teórica e investigaciones empíricas? ¿Dónde, en qué sectores y temas de investigación se ha concentrado la atención de los investigadores? Por último, ¿de qué modo ha incidido la institucionalización académica de la ciencia política en la redefinición del campo, y paralelamente en la relación entre «discurso culto» (de la cultura en general, no especializada) y «discurso académico»?

1. Antes de 1981, los politólogos se agrupaban en la Asociación Italiana de Ciencias Políticas y Sociales, dentro de la cual habían promovido, en los años setenta, una sección de ciencia política.

A algunos de estos problemas se ha intentado dar respuesta mediante un reconocimiento del estado de los estudios, que ha evidenciado qué sectores y temáticas se han visto cultivados más intensamente, y cuáles relativamente marginados. No es sorprendente que, debido al impacto de la corriente conductista y de la naturaleza de la crisis italiana, entre otros motivos, los sectores más explotados hayan sido los de los partidos, las elecciones, el gobierno local, los valores y las actitudes, mientras que resultan netamente infrarrepresentados los estudios en materia de *public policy* y relaciones internacionales y los estudios comparados (cf. *La scienza politica in Italia*, 1984 y Apéndice).

Por el contrario, en otros aspectos faltaban criterios precisos. Muchos de los análisis del «estado del arte», algunos de gran rigor y que han desempeñado un papel de primer plano en la fase de «renacimiento» de la disciplina (v. *infra*), se remontaban a los años sesenta, cuando el problema se entrelazaba estrechamente con el de la autonomía disciplinaria, en el cuadro de los debates —por aquel entonces actualísimos— sobre la reordenación de las facultades de ciencias políticas y su lugar en la «ciencia política» (cf. Leoni, 1960, 1962; Bobbio, 1961, 1963; Sartori, 1961, 1965, 1967). Dichos análisis eran en todos los casos anteriores a la intensa fase de reanudación de los estudios a que hemos asistido en decenios sucesivos. Una vez producido el «despegue», el discurso sobre los criterios de valoración me parece perjudicial. Y de este punto pretendo partir, advirtiendo que se trata de un primerísimo esbozo en torno a un tema complejo, antes de pasar a algunos avatares y trayectorias del «renacimiento».

I. SOBRE ALGUNOS CRITERIOS DE VALORACIÓN PARA UNA HISTORIA DE LA CIENCIA POLÍTICA

Un primer criterio es el grado de institucionalización académica. El concepto de institucionalización nos lleva al de división del trabajo científico: al lugar donde la disciplina se origina dentro del trabajo cognoscitivo, obteniendo «espacios» en la estructura institucional —sobre todo la universidad— sobre la base de un ideal más o menos compartido de la ciencia. Con el fin de que este proceso pueda consolidarse, toda disciplina debe madurar una identidad cultural, pero también una identidad operativa: los que la cultivan deben saber qué es legítimo hacer y qué no lo es, qué campos y métodos es legítimo cultivar, para cualificarse —a los ojos de la comunidad científica— precisamente como «cultivadores».

Toda disciplina se plantea operativamente un objeto, especificando las

variables por las que se interesa. Como escribe Sartori (1970, 13), que ha aportado una contribución fundamental a este problema de definición de «límites» (diferenciando ciencia política y sociología política, etc.), a la «luz de esta estrategia toda disciplina desecha un altísimo número de variables descartándolas como “presupuestos”, es decir, como factores dados genéricamente por conocidos (o por desconocidos)». El punto, que arroja luz sobre la naturaleza de la operación, es doble: por un lado, todo «corte» con el propósito de especificar el objeto es al menos en parte opinable y en cualquier caso revisable: no se da nunca de una vez por todas. Por otra parte, todo corte es por naturaleza selectivo y restrictivo. Y, efectivamente, la institucionalización de la disciplina comporta siempre un *trade-off*, la refuerza, pero sobre la base de una restricción-selección de campo y métodos, de una redefinición del «discurso culto» y el «discurso académico», cultura y ciencia, de modo que no todo lo que resulta admitido, aunque estimado en el primer ámbito, es reconocido como pertinente para el segundo (discurso que se puntualiza luego en aquél, sólo aparentemente burocrático, de los criterios de «aferencia» en las oposiciones universitarias).

Una vez precisado el concepto —y las elecciones que éste implica—, es necesario decir que bajo este aspecto se ha producido un desarrollo importante. De ser un grupo desaparecido (en los años sesenta había sólo dos escuelas politológicas: la de Sartori en Florencia y —por encargo— la de Bobbio en Turín), la «corporación» ha pasado a contar hoy con una cierta presencia numérica en la estructura universitaria² (aunque es todavía débil en las sedes donde se deciden los fondos para la investigación, como el CNR), una relativa homogeneidad de orientaciones metodológicas y substantivas, y reconocimiento externo. La reciente botadura de un programa de doctorado en ciencia política, actualmente en el segundo ciclo, que afecta a seis sedes universitarias, y cerca de 15 doctorandos y de un doctorado de relaciones internacionales, constituye un paso más en esta dirección, abordando el sector, decisivo para la institucionalización, de la formación de los futuros docentes.

Otros criterios de valoración han sido sugeridos por los estudios de historia de la sociología y de sociología histórica (Barbano y Sola, 1985; Barbano, 1985). Barbano propone, entre otros, los siguientes: periodicidad; duración; y la distinción, que me parece fecunda en resultados, entre *difusión* y *desarrollo* de una disciplina; donde por desarrollo se entiende «a) el aumento teórico-crítico que produce la teoría substantiva y la crítica socio-

2. Las cifras son las siguientes: la disciplina hoy en día cuenta con treinta profesores titulares en materias politológicas, unos cuarenta profesores agregados (una vez cumplimentados los concursos pendientes en 1986) y aproximadamente otros tantos investigadores confirmados.

lógica, y *b*) el descubrimiento y el afinamiento de los métodos y de las técnicas de investigación»; por difusión, la difusión cultural de un campo del saber, comprendida su eventual institucionalización dentro de la división del trabajo científico (Barbano, 1985, p. 15; Sola sugiere útiles indicadores del «desarrollo», en Barbano y Sola, 1985, pp. 141 y ss.). En el ámbito de la relación entre difusión y desarrollo, se plantea, por otra parte, la que existe entre teoría e investigación: el «desarrollo», en la acepción antes dada, exige ambas, no puede consistir tan sólo en la acumulación de investigaciones empíricas.

La distinción entre difusión y desarrollo pone en guardia ante la confusión entre la acumulación de la investigación y el desarrollo de la disciplina. Permite, por otra parte, observar mejor algunas peculiaridades en las vicisitudes históricas de la ciencia política en Italia, incluso en relación con otras disciplinas como la sociología. El caso que Barbano ha estudiado particularmente, y del cual ha extraído la distinción entre los términos, es el de la sociología italiana en la época del positivismo que él analiza como un caso de difusión sin desarrollo. La tesis afirma que hubo en aquellos años un imponente aumento de la investigación social en función de los problemas y necesidades más dispares de la sociedad (*cf.* la bibliografía de Sola para los años 1860-1890, en Barbano y Sola, 1985), sin que ello se tradujera, sin embargo, ni teóricamente (es decir, en cuanto a desarrollo de teorías) ni académicamente, en verdadera sociología.

Y como confirmación de que los precedentes «pesan», desarrollos del mismo tipo abordaron la sociología en los años del «renacimiento», más atento al análisis de los lazos que la sociedad italiana iba madurando en el cambio (redescubrimiento de términos meridionalistas e investigaciones sobre el Sur, industrialización, emigración, etc.), que a desarrollos teóricos (Barbano, 1985, caps. III y IV; *cf. Quaderni di Sociologia*, 1985).

Los avatares de la ciencia política han sido, al menos en parte, diferentes. Ante todo, la tradición de estudios era diferente; la disciplina había contado con investigadores como Mosca y Pareto, «padres fundadores» que habían dado a la ciencia política teorías substantivas —com las de la élite—, pero también un fundamento teórico-metodológico más general. Como ha escrito Giorgio Sola en una atenta reconstrucción del estado de las ciencias sociales en Italia muy a finales del 800: «la *ciencia politica* positiva se caracteriza, además de por la elección del campo de estudio, por el tipo de perspectivas a través de las cuales orienta el análisis de los fenómenos políticos», perspectivas que Sola especifica en la distinción entre *società civile* y *società politica* (entendida ésta como esfera reservada al ejercicio de la fuerza y la institucionalización de las relaciones de poder),

y en una concepción empírico-realista de la política, frente a la filosofía y al derecho (Sola, en Barbano y Sola, 1985, p. 155).

Existía, en resumen, a diferencia de la sociología, una enseñanza teórico-metodológica importante y había de ser mérito de Bobbio volverla a proponer en los años cincuenta y sesenta a la atención de los investigadores (v. *infra*), con el propósito de «enganchar» la reanudación de los estudios. El aspecto más conocido de esta enseñanza —aunque no el más importante, al menos por lo que se refiere a Pareto (v. *infra*)— era la teoría de la élite (o de la clase política), reconocida incluso internacionalmente como aportación relevante de Italia a la tradición de los estudios políticos. Y es significativo que la primera salida internacional rigurosa de la renaciente politología italiana de la postguerra —después de decenios de casi total ausencia— se produjera con este tema. En 1959, en el ámbito del IV Congreso Mundial de Sociología (Milán-Stresa), tuvo lugar una importante sesión sobre las élites políticas coordinada por Alessandro Passerin d'Entrèves, todavía de grandísimo interés hoy (*Le élite politiche*, 1961), con la participación de investigadores como Bobbio, Sartori, Catlin, Meisel y otros, sobre un tema en el que Italia había precisamente descollado, colocándose por una vez como *centro* en el entramado de la ciencia política internacional.

La segunda característica típica de la politología, conectada con la anterior en los desarrollos que han marcado el «renacimiento», ha sido la insistencia sobre el método, en la doble acepción de procedimientos que connotan un saber científico aplicado a la política, y de metodología de la investigación científica. Arnold Brecht (1959, p. 5), en el que sigue siendo, aún hoy, uno de los más lúcidos análisis de la consolidación del método científico en las ciencias sociales, ha escrito que «no es decir demasiado que el nuestro sea el siglo metodológico en las ciencias sociales». En este sentido, los desarrollos en Italia han estado en consonancia con los de la ciencia social internacional. Como veremos, en la enseñanza de los clásicos, especialmente de Pareto, Bobbio evidenciaría sobre todo la estructura metodológica, fundamento de una ciencia positiva de la sociedad. Otros autores, como Bruno Leoni, subrayarían también lo esencial del método. Leoni (1960, p. 36), en un conocido artículo sobre el atraso de los estudios en Italia, después de haber enumerado los «temas» que deberían formar parte de la disciplina —y entre ellos la metodología—, añadía que «es precisamente ésta la que hace de un conocimiento una "ciencia"». En otros escritos sobre los que volveremos, el mismo autor (Leoni, 1962) insistiría con fuerza en la necesidad de una orientación teórica. Por último, y sobre todo en el cincuenta y nueve, saldrían publicados en forma litografiada aquellos fascículos florentinos de Giovanni Sartori (1959), so-

bre los que tendremos tiempo de volver ampliamente, que ya en el título —*Questioni de metodo in scienza politica*— indicaban uno de los temas fundamentales de la entera obra sartoriana.

Dicho esto, se debe añadir, además, que a esta fase de reflexión metodológica le ha sucedido sólo un limitado desarrollo de elaboraciones teóricas. La teoría de la élite no ha contado, a nivel de investigación, con verdaderos continuadores, excepción hecha del trabajo de Maranini (1967) sobre la historia del poder en Italia, de enfoque declaradamente mosquiánico; la investigación dirigida por Sartori sobre el Parlamento italiano, que se proponía trazar el «perfil completo de la “circulación de las élites” parlamentarias» a partir de la Cámara de 1909 (Samogyi *et al.*, 1983, p. 3), la de Farneti (1971, parte II) y pocas más, de investigadores más jóvenes. Más en general, el desarrollo se ha producido por influencia también del conductismo, en el sentido de la investigación empírica —elección (si de elección consciente se trató) no carente de lógica como estrategia de concentración de los esfuerzos en los breves años que comprenden estos desarrollos.

La invocación, en varias ocasiones, a los «padres fundadores» contiene implícitamente una referencia al criterio de la periodicidad. Del mismo modo que se distingue un «antes» respecto a la nueva sociología, se intenta distinguir una «primera» ciencia política de la politología de los años del «renacimiento», y sobre todo indagar sobre las relaciones de continuidad/discontinuidad que enlazan las dos tradiciones de estudios. La impresión, como ya he dicho, es que los clásicos han desempeñado un papel más importante en la relegitimación de la disciplina que como inspiradores de problemáticas y de modos de afrontarlas. Es de Runciman (1969, capítulo II) —para poner un ejemplo entre tantos— la observación según la cual la teoría mosquiánica de la «defensa jurídica» contiene en esencia una teoría del pluralismo social —del papel del control ejercido por grupos influyentes *en la sociedad* sobre los gobernantes como indispensable complemento del control electoral—, punto que no ha tenido desarrollos ni teóricos ni tampoco en el campo de la investigación, como demuestra la pobreza de estudios sobre los grupos en Italia (v. Apéndice).

Una línea de continuidad entre «primera» y nueva ciencia política puede verificarse a propósito de la *función social* de la ciencia. Ya sea en un caso u otro, la politología nace como ciencia *reactiva* a un estado de la cultura y de la sociedad, frente al cual se es crítico y que se quiere cambiar. La disciplina y los que la cultivan no operan, como en el caso de la ciencia política americana por ejemplo, dentro de un sistema democrático ampliamente compartido que la ciencia tiene la obligación de confirmar y enraizar a través de la enseñanza masiva. El realismo propiciado por la nueva ciencia

se presenta ya sea en la forma de realismo conservador (Mosca) y a veces reaccionario (Pareto), o bajo el hábito —durante los años del «renacimiento» en muchos, si no en todos los autores— de realismo reformista. Mucho más raro será, en los que la cultivan, el tercer tipo de realismo subrayado por Bobbio (1969), el que está en función de un cambio radical de la sociedad.

Según Mosca, la «misión de la ciencia política» consistía en preparar las defensas contra el advenimiento de la «democracia social», gran fermento histórico que amenazaba con destruir la sociedad; mal letal, ya que el nuevo credo no hacía más que ensanchar, a juicio de Mosca, y convertir en dramático el surco entre «fórmula política» y leyes de la política, con todas las posibilidades de manipulación de las masas que ello comportaba. Contra este mal era necesario proceder de modo que se opusiera «*a todo un sistema metafísico* (la metafísica democrático-socialista) *todo un sistema positivo*» (Mosca, 1982 b, p. 925), precisamente el sistema científico de cuya elaboración Mosca y otros se ocupaban por aquellos años. Una condición para esta renovación era la renovación de la élite, sobre todo un mayor papel de la clase media económicamente autónoma.

El problema de la élite y de su reforma será el centro de los trabajos de los «elitistas democráticos» (Dorso, Burzio, Gobetti, *cf.* Bobbio, 1969), y volverá en la segunda posguerra, de modo explícito en Sartori. Para Sartori (1970), el problema político, a cuya solución la ciencia política podía aportar una importante contribución, era el del *mal gobierno*, es decir, la necesidad de «impedir ese “mal común” que consiste en estar (...) gobernados por una clase política de bajo nivel, por políticos ineptos e incompetentes». El problema era introducir una «medida de competencia» en una práctica de gobierno tradicionalmente dominada por la ideología y la improvisación, a través de una reforma de la *cultura política* de las élites que precisamente propiciara el discurrir empírico y pragmático de la nueva ciencia. Para otros, incluso, el problema estribaba en una reforma que actualizara el potencial democrático del nuevo régimen republicano.

Una última anotación en materia de continuidad, en conexión también con el tema de las élites. Un tema que es recurrente y que no encuentra solución adecuada —en la historia política del país, antes incluso que en las teorizaciones de los investigadores— es el de la *oposición política*. El problema del cambio de la clase política se halla, como es sabido, en el centro de las preocupaciones tanto de Mosca como de Pareto, pero ninguno de los dos lo aborda de modo que exponga un esquema de alternancia de fuerzas distintas. La élite política o es una o no es. Pluralizar el concepto, como se ha observado (*Le elite politiche*, 1961), significa privarlo en gran parte de su fuerza analítica (la unión hace la fuerza). Mosca traza,

sin embargo, una distinción importante entre élites políticas y grupos en la sociedad, donde los segundos están en función de contrapoder de las primeras (Mosca, 1982, espec. p. 693); pero, en cuanto al cambio de personal político, el suyo es un modelo de cooptación (Pizzorno, 1972). Por lo que respecta a Pareto —de los dos, sin lugar a dudas el menos «pluralista»—, el cambio se produce «ya sea por infiltraciones (circulación de las clases elegidas), ya sea por saltos, con las revoluciones» (Pareto, 1964, par. 2227). *Tertium non datur*.

El problema de la oposición vuelve a aparecer, como es sabido, como núcleo central de la teoría sartoriana del pluralismo polarizado, dentro de una experiencia histórica de gobierno que parece moverse entre transformaciones de diferente tipo e imposibilidad o dificultad de una oposición política en el sistema.

Es mejor concluir sobre este punto. El sentido de este somero ejercicio sobre posibles criterios de valoración aptos para determinar la evolución y las características que connotan la historia de la disciplina, es sencillamente el de llamar la atención sobre la importancia de pautas de juicio que permitan que la disciplina tenga una más exacta conciencia del camino recorrido y de las modalidades de su desarrollo. El discurso es más ejemplarizador que sistemático, y ni mucho menos exhaustivo. Sin embargo, me parece que alguno de los criterios subrayados —institucionalización académica; desarrollo y difusión de la disciplina; periodicidad y continuidad temáticas; función social de la ciencia—, oportunamente pulimentados pueden servir de norte para identificar tradiciones y evoluciones nacionales, y como posible entramado para el análisis comparado de la disciplina en diferentes contextos nacionales.

II. LOS AÑOS DEL «RENACIMIENTO»

Una reconstrucción histórica de los acontecimientos que han conducido al «renacimiento» de los estudios politológicos en Italia a partir de los años cincuenta y sesenta debería fijarse, a mi modo de ver, en cuatro grupos de factores que se manifiestan todos ellos, con diferente intensidad, en aquel espacio de tiempo. El primer factor debe interpretarse según el esfuerzo consciente de algunos investigadores de prestigio, encaminado a rescatar esta tradición de estudios del declive que la afectaba, y a constituir la ciencia política en disciplina autónoma, metodológicamente y sustantivamente distinta de disciplinas más consolidadas como el derecho público, la historiografía y la filosofía política.

El segundo factor tiene que ver con el desarrollo económico y social de la sociedad italiana y los procesos de democratización política, racionalización de la economía y secularización de la sociedad que éste ha conllevado. Las repercusiones de dichas transformaciones en la cultura y el debate cultural en Italia han sido de gran trascendencia (Asor Rosa, 1975; cf. Bobbio, 1955). Como ha observado Bobbio (1961), y como ya sabemos por la sociología del conocimiento, la maduración de un punto de vista científico presupone una caída de las ideologías, un nuevo «realismo», merced al cual se crean las condiciones —y entre ellas una importantísima como es la de una nueva posición de los intelectuales— para un estudio científico de la sociedad. (Sobre este punto, véase Mannheim, 1957, cap. III, en particular la sección: «¿Por qué no hay una ciencia de la política?», pp. 121-129).

El tercer factor consiste en el estímulo exterior, sobre todo en el impacto de la ciencia política americana y del movimiento conductista. Como evidencia La Palombara en su contribución a este volumen, diferentes instituciones estadounidenses —tanto agencias gubernamentales como fundaciones privadas— desempeñaron un papel decisivo en la introducción en Italia de nuevos métodos y temas de investigación mediante la financiación de investigaciones empíricas y otras formas de colaboración institucional, contribuyendo de este modo a hacer que una corporación aún débil alcanzara prestigio y lugar en la estructura académica italiana. El cuarto y último factor concierne a los cambios en la estructura universitaria italiana, en concreto a la reforma de las facultades de ciencias políticas (1968/69) y a la creación de nuevas plazas para la enseñanza de materias politológicas.

No podemos tocar aquí más que algunos aspectos de una evolución que está por reconstruir enteramente, en concreto algunas contribuciones y momentos de discusión que han acompañado el debate sobre la autonomía y la identidad de la disciplina, y algunos aspectos de la enseñanza sartoriana que ha representado un valor fundacional para la nueva ciencia.

Autonomía e identidad disciplinaria

En los años en los que de modo concreto se establecen las premisas del relanzamiento mediante una serie de iniciativas y la obra de investigadores aislados —final de los años cincuenta/inicio de los sesenta—, los efectos negativos ejercidos por el fascismo sobre los estudios políticos se habían diluido en gran parte. Cuatro de las cinco facultades de ciencias políticas existentes entonces habían aparecido durante el ventenio (la de Perusa en el veintisiete con el título de Facultad fascista de ciencias po-

líticas), dando lugar a sospechas y recelos que conducirían, en el cuarenta y cuatro/cuarenta y cinco y en la inmediata posguerra, a la amenaza, que luego quedó sin llevarse a cabo, de suprimir dichas facultades. (Las otras facultades fundadas bajo el fascismo, además de la de Perusa, eran las de Pavía, Padua y Roma.) Tan sólo el Instituto Cesare Alfieri de Florencia, aparecido en los últimos decenios del ochocientos bajo la inspiración del modelo de la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París (que constituirá el modelo también para la *London School of Economics & Political Science*), contaba con un origen no sospechoso —hecho que había de conducir a su pronta reactivación y reajuste por parte del Gobierno militar aliado (Spreafico, 1964; Firpo, 1970).

En los años sesenta los obstáculos eran diferentes pero no menos temibles.

Bobbio (1961), en un artículo-reseña sobre el estado de los estudios, ha observado cómo la ciencia política, nacida con «sólidas raíces» merced a la obra de Mosca y Pareto, se encontró pronto con un clima cultural hostil, esencialmente antiempírico, que la marginó. Los *Elementi* de Mosca (1896-1923) aparecieron —observaba Bobbio (1961, p. 216)— cuando en las universidades italianas empezaba a abrirse camino la teoría jurídica del Estado, considerada como el único modo «puro» y «objetivo» de aproximarse a los fenómenos de la política y del Estado. Por lo que respecta a Pareto, un obstáculo aún más importante para la recepción de su obra era el método estrictamente positivista del autor, que poco concedía a la historia (a pesar de la enorme acumulación de material histórico como soporte de sus teorías) y a las orientaciones culturales del hombre, degradadas a «racionalizaciones» de un comportamiento que Pareto veía como esencialmente no lógico. Como ya apuntó Croce (cit. por Bobbio, 1961, p. 217), con un juicio que tenía todo el sabor de una mordaz censura sin apelativos: «¿Qué tipo de ciencia empírica de la política sería la que en lugar de servir al conocimiento histórico y conservar los resultados (...) se sobrepusiera a la historia como un castillo de abstracciones y generalidades, de preconceptos y prejuicios?»

En uno y otro caso, la ciencia política resultaba degradada —en la mejor de las hipótesis— a ciencia auxiliar: ciencia auxiliar del derecho según los juristas; ciencia auxiliar de la historiografía según los que cultivaban disciplinas históricas.

Este era el clima cultural de fondo en el que era necesario reacreditar la plausibilidad —cultural incluso antes que científica— de un estudio científico de la política. Los demás obstáculos, aunque importantes, particularmente en el plano académico-institucional, no eran en el fondo más que una consecuencia, y podían en cualquier caso reducirse a este prejuicio

de base: así, por ejemplo, la afirmación, oficializada por Francesco Vito en 1964 (*Gli studi politici e sociali in Italia*, 1965), que se hacía eco de una posición muy difundida y según la cual la tradición italiana tendía hacia las «ciencias políticas» (en plural), como aproximación pluridisciplinar que podía incluir una ciencia de la política pero sin estatuto autónomo; o incluso el proyecto de reordenación de los estudios —como el proyecto Ciasca sobre el reordenamiento de las facultades de ciencias políticas (a mediados de los años sesenta)— que no contemplaba la ciencia política entre las materias obligatorias ni entre las optativas. A pesar de que la batalla tuviera que combatirse en más de un frente, interrelacionados y cada uno con su propia importancia, era indudable que el núcleo era ante todo cultural.

En este punto, jugó un papel esencial la relectura de los «clásicos» llevada a cabo por Bobbio, lúcida e innovadora, pero también valiente, por los lugares en los que se proponía (los ensayos sobre Pareto y Mosca, más tarde recogidos en Bobbio, 1969, aparecieron entre 1957 y 1968 sobre todo en revistas de filosofía y cultura). La misma distinción que Bobbio (1969) establecía entre ciencia política y derecho, por un lado, y ciencia política e historiografía, por otro —en la más famosa de las aportaciones luego incluidas en *Saggi sulla scienza politica in Italia* (en origen publicado en 1963 con el título: «La ciencia política italiana: enseñanza y autonomía disciplinar») —, tenía esta relectura como premisa y dato preliminar. El otro «polo», en este proceso de reacreditación de la ciencia política, sería la enseñanza sartoriana, que sirvió para dar una identidad no sólo cultural sino operativa a la disciplina (v. *infra*). A medio camino, por decirlo así, se sitúa la contribución de Bruno Leoni, autor a quien a mi modo de ver no se ha dado el relieve que merece —investigador de prestigio, fundador en 1950 de *Il politico* y socio entre los más asiduos del Centro de Estudios Metodológicos turinés—, que ha aportado una contribución importante a la definición del objeto de la disciplina y a su planteamiento teórico. (De Leoni véanse, además de los artículos de 1960 y 1962 ya citados, la colección de escritos editada por M. Stoppino, Leoni, 1980; para la bibliografía de sus obras, cf. *Il politico*, marzo 1968, pp. 10-14.)

Es preferible añadir, para situar mejor el ámbito geográfico e institucional de esta evolución y de estos debates, que el juego tuvo esencialmente como teatro el triángulo universitario Turín, Pavía —donde enseñaba Leoni— y Florencia (Leoni había sido alumno de Giole Solari en Turín), pero también se sirvió de la importante aportación de centros formalmente al margen de la universidad, como el Centro de Estudios Metodológicos de Turín, que reunía a eminentes personalidades del mundo académico, y el Centro de Prevención y Defensa Social milanés (organizador, entre otras

muchas iniciativas, del encuentro sobre las élites de 1959 mencionado más arriba).

Y llegamos a algunos aspectos, relevantes para nuestro discurso, de la lectura bobbiana de los clásicos. Ante todo, es significativo que, a pesar de haberse ocupado de Pareto y de Mosca, Bobbio se haya interesado cada vez más y más continuadamente por el primero que por el segundo. (De Pareto volverá a publicar en 1964, en *Comunità*, el *Trattato di sociologia generale* por primera vez desde la edición de 1923, y una antología de fragmentos extraídos de esta misma obra en Sansoni, en 1973. De Mosca, una antología de los *Elementi* con el título *La classe politica*, Laterza, 1966; cf. la bibliografía de los escritos de Bobbio, Norberto Bobbio, 1984.) La razón estriba en las diferentes complejidad y amplitud de la obra de ambos: mientras que en Mosca tenemos, como es sabido, esencialmente una *teoría substantiva* —la teoría de la clase política—, de la que Bobbio pondrá de relieve su articulación interna y su valor objetivo (incluso mediante el estudio de los «elitistas democráticos», continuadores, desde otra perspectiva ideológica, de la obra de Mosca: Gobetti, Dorso, Burzio; cf. *Le élite politiche*, 1961; Bobbio, 1969), en Pareto encontramos una teoría general de la acción y un planteamiento metodológico de mayor alcance. En cualquier caso, la aportación conjunta de ambos sentó las «bases para un estudio empírico de la política» (Bobbio, 1961, p. 215). (Véase también el ensayo de Bobbio en este volumen y la discusión que contiene sobre la aportación de Mosca.)

Por lo que respecta a Pareto —al cual limitaré en aras a la brevedad, por otra parte, mis observaciones—, la interpretación bobbiana consistió a mi modo de ver en poner de relieve esencialmente dos aspectos: proporcionar una nueva *clave de lectura*, centrada en el concepto de *ideología* (Pareto como teórico de la ideología) antes que reductivamente en la idea de la élite, según la interpretación hasta el momento dominante; mostrar que, independientemente del valor substantivo de la teoría parietana de la acción —con sus elementos psicologistas, irracionalistas y ahistóricos—, perduraba una enseñanza fundamental de método que Bobbio especificaba en la *teoría y crítica de las fuentes*. En otras palabras, Bobbio (1969, p. 77) volvía a llamar la atención «sobre el procedimiento eurístico antes que sobre los hallazgos», sobre el método antes que sobre los resultados a los que llegaba Pareto, concluyendo, como guía de la nueva generación de lectores, que «sólo quien se acerque al *Trattato* con dicho módulo interpretativo se dará cuenta (...) de que es una mina hasta el momento inexplorada». Veamos brevemente algunas articulaciones de la argumentación bobbiana.

En un artículo de 1957, al presentar a Pareto a un público de filósofos,

entre el que Pareto-sociólogo había gozado siempre de escasísima simpatía, Bobbio observaba cómo esto se relacionaba con una interpretación reductiva de la obra paretiana. Se había visto a Pareto esencialmente como teórico de la élite, y una teoría de la élite «no podía interesar, si no era mediocre e indirectamente, a la filosofía» (Bobbio, 1969, p. 83; el artículo apareció en origen, en 1957, en «Revista di Filosofia» con el título *Vilfredo Pareto y la crítica de las ideologías*). Bobbio contaba con buenas posibilidades de demostrar, con los textos delante, que la «parte más conspicua del *Trattato* (...) no habla de élites ni de equilibrio social», añadiendo que «la fuerza de la obra está en el análisis del hombre en tanto que animal ideológico». El problema de la ideología en Pareto se originaba, como sabemos, de la idea que Pareto se había formado de la naturaleza, por así decir, bicéfala del hombre, en tanto que ser instintivo, no lógico, a quien sin embargo gusta rebozar sus propias acciones con un «barniz» lógico, con racionalizaciones *ex-post* (que Pareto llamará derivaciones) del propio comportamiento. ¿Acaso no había escrito el mismo Pareto al principio del *Trattato*, dando una verdadera clave de interpretación: «La presente obra es por entero una investigación de la realidad que se oculta bajo las derivaciones que se han dado a conocer a través de los documentos»? (cit. por Bobbio, 1969, p. 90).

La obra de Pareto aparecía de este modo en la lectura bobbiana —no de un modo diferente a la de Marx— como obra de *desenmascaramiento* de la práctica ideologizante del hombre, y como tal —añadía Bobbio— no podía dejar de interesar a los filósofos. Bobbio sacaba a la luz, por otra parte, uno de los principales cánones metodológicos de Pareto, a partir de la distinción (que ya encontramos en *I sistemi socialisti*, 1902-1903) entre fenómeno objetivo y fenómeno subjetivo, es decir, el hecho de que la acción verbalizada del hombre sea susceptible de una triple lectura, bajo el aspecto objetivo (si una afirmación responde a la *verdad*, es decir, corresponde a hechos verificables), bajo el subjetivo (si una afirmación es persuasiva y tiene *eficacia* práctica) y, por último, bajo el de la *utilidad social* para el total equilibrio del sistema. Criterios estos que, *sin* coincidir, es decir, operando independientemente uno del otro, exigen un análisis diferenciado en los tres niveles de la acción social (lo que es científicamente verdad puede no ser influyente en la conducta de los hombres, etc.; posición que explica por qué Pareto atribuyó escasísima eficacia práctica a la sociología y a las ciencias sociales en general, v. *infra*).

Esta clave de lectura confería un relieve distinto a las diferentes partes del *Trattato*. Se conservaba, mejor aún se revalorizaba, la tendencia programática de Pareto de querer fundar una ciencia rigurosamente empírica de la sociedad, basada en la observación de los hechos y la experiencia, y

no —como se había producido generalmente hasta entonces según Pareto— en «el acuerdo de los sentimientos». Pero, para ello, era necesario ante todo despejar el terreno de toda superfetación y «metafisiquería» que se hubiera depositado sobre los hechos. De tal modo que los minuciosos y largos análisis con que Pareto documenta, basándose en una vastísima casuística, la difusión de las acciones no-lógicas, de las teorías filosóficas y pseudo-científicas en el curso de la historia (caps. II-V del *Trattato*), y sobre cuya base logrará separar la parte relativamente constante en la acción de los hombres, los *vestigios*, de aquella otra tan variable de las interpretaciones o derivaciones, dicho análisis, lejos de constituir la *pars destruens* de la obra, era su centro, permitiendo poner al desnudo aquellos hechos y relaciones entre hechos que son el verdadero material en bruto de la ciencia. Esto, mucho más que el esquema mecanicista del equilibrio social desarrollado en el capítulo XII del *Trattato* (el más citado con gran diferencia), y la idea que lo acompaña de la circulación de las élites, constituía para Bobbio el corazón de la enseñanza paretoiana.

El discurso de Bobbio, encaminado explícitamente a afianzar las razones y algunos cánones metodológicos de una ciencia empírica de la política (Bobbio estará, como es sabido, comprometido personalmente en la difusión de la nueva orientación de estudios merced a la experiencia del COSPOS de Turín en la segunda mitad de los años sesenta), no tendría —ni hubiera podido tener— consecuencias inmediatas sobre los desarrollos de la disciplina. El discurso procedería, sobre todo, de otros niveles, en el intento de definir el objeto y los métodos específicos de la nueva ciencia. Pero el redescubrimiento de los «clásicos» y de aquello que seguía siendo válido en sus teorías, serviría para definir los términos culturales del debate, para fundamentar la credibilidad, dentro de la cultura italiana que la había acogido desde hacía tiempo, de una ciencia positiva de la política. Bobbio había demostrado a los filósofos que se podía, por medios científicos, estudiar un problema desde siempre en el centro de sus intereses —la ideología—, y al mismo tiempo había mostrado a las nuevas generaciones de investigadores el ideal y los procedimientos (un procedimiento) de una ciencia cierta de la sociedad que se atiene a los hechos y se aleja de las disputas ideológicas sin principio ni fin, que se atiene, a fin de cuentas, al espíritu empírico y pragmático que por aquellos años se estaba difundiendo por otras vías en Italia, sobre todo bajo el influjo del conductismo americano.

El discurso, decía, proseguía a otros niveles, más próximos al objeto de la disputa.

En un muy conocido artículo de 1960, y ya mencionado, que es también una notable enunciación programática de lo que la ciencia política hubiera

debido ser en cuanto al objeto y al método, Bruno Leoni (1960) destacaba seis sectores de investigación de la ciencia política entendida como «ciencia observadora y experimental»: 1) sistema parlamentario; 2) sistema administrativo y burocracia; 3) partidos políticos; 4) grupos de presión; 5) sistemas electorales y motivaciones de voto; 6) metodología, añadiendo —a propósito de ésta última— que «es precisamente la que convierte un conocimiento en “ciencia”» (Leoni, 1960, 33, 36, 37). La lista de las materias era muy parecida a la propuesta por Bobbio en el artículo reseña de 1961 (Bobbio, 1961), salvo que Leoni añadía el tema capital de la administración pública.

Leoni habría de volver sobre estos temas, con significativas profundizaciones, en una comunicación para un congreso sobre la ciencia política organizado por el Centro de Estudios Metodológicos de Turín (octubre de 1982), congreso que marca una etapa importante en la evolución de la disciplina. Organizado por Bobbio, entonces presidente del Centro (1961-1962), el encuentro era presentado por el boletín del Centro como «un primer intercambio de opiniones en torno al método y al objeto de la ciencia política y a los criterios de su enseñanza en nuestras universidades» (Centro de Estudios Metodológicos, 1963, p. 4). Las comunicaciones básicas fueron confiadas a Leoni («Objeto y límites de la ciencia política»), comunicación más tarde publicada en *Il Politico* (Leoni, 1962), y a Sartori («Metodología de la ciencia política»), comunicación que no me consta que haya sido publicada.

El texto de Leoni, agudo como muchos otros trabajos de este autor, insistía sobre estos puntos que sorprenden por su actualidad: 1) tesis de la racionalidad como lo que mejor permite elaborar una teoría reconstructiva de la acción política (análogamente a la economía); 2) heterogeneidad de las fuentes (divididas en: textos documentales relativos a las decisiones políticas; actividad de los grupos; factores y motivaciones del comportamiento electoral); 3) papel de la teoría; 4) aproximación al «intercambio de poderes» como a lo más idóneo (respecto a otras aproximaciones examinadas: grupo, poder, *decision-making*, etc.) para captar lo específico del político.

Que el clima continuaba siendo en su conjunto hostil y las reservas eran difíciles de eliminar quedaba demostrado no sólo por la evolución del debate en el Congreso de Turín y la actitud que allí asumieron historiadores, juristas y sociólogos (*cf.* el testimonio de Meynaud, 1963), sino también por otros encuentros, cada vez más numerosos por aquellos años, a medida que la idea de la reordenación de las facultades de ciencias políticas ganaba terreno. Dos momentos me parecen importantes. El primero fue el debate desarrollado en el seno del tercer Congreso nacional de la

Asociación Italiana de Ciencias Políticas y Sociales (Roma, marzo de 1964), sobre el tema de los «estudios políticos y sociales en Italia». La comunicación introductoria general, confiada al profesor Ciasca, planteaba una propuesta de «reordenación de las facultades de ciencias políticas» que, como ya he recordado, no preveía, ni entre las materias fundamentales ni entre las optativas, la «ciencia política». Pero, en su conjunto, el clima del Congreso —que gravitaba en torno al problema de la autonomización de los cursos de la licenciatura en ciencias políticas respecto a las facultades de derecho y la transformación de las facultades de ciencias políticas en facultades de ciencias políticas y sociales— debía demostrar que, exceptuando a algunos sociólogos, la posición de los defensores de la disciplina (pocos; en la práctica, Sartori, que presentó una comunicación sobre la enseñanza de la ciencia política) quedaba en esencia aislada.

Quizá la objeción más insidiosa que surgió del Congreso de Roma de 1964, además de aquella otra más general mencionada arriba (que la tradición italiana era de «ciencias políticas» en plural, más sintética que especializada),³ la apuntó Vito en términos de *predictividad* («El motivo principal para dudar de que se pueda llegar a construir una ciencia de la política en sentido nomotécnico estriba en que para alcanzar este resultado es necesario estar en condiciones de hacer un mínimo de previsión», *Gli studi politici e sociali in Italia*, 1965, p. 162). La segunda objeción, promovida por Miglio, atañía al problema, no menos importante, de la *imposibilidad de valoración*: el modo más seguro para que la ciencia política se mantuviera objetiva era, según Miglio, que coincidiera con la enseñanza de las doctrinas políticas, que «(se) detuviera en el análisis histórico de las ideologías» (*Gli studi politici e sociali in Italia*, 1965, p. 146).

Se trataba de problemas de gran alcance, a los que Sartori respondería en el curso del debate que sucedió a las comunicaciones, ya fuera de modo directo (observando, por ejemplo, que lejos de perseguir un ideal arcaico naturalista —la formulación de «leyes»—, la nueva ciencia se limitaba a formular proposiciones del tipo: si... entonces), ya fuera remitiendo a otras intervenciones suyas y a otros momentos de discusión. La defensa de Sartori tenía que surtir el efecto no secundario de provocar la inserción en la moción general del Congreso de la cláusula —que de hecho colocaba en primer plano las orientaciones iniciales de los organizadores— en la que se subrayaba «la importancia (...) de las materias de índole sociológica, en

3. Es preciso observar que la posición de Vito se vuelve a encontrar en una importante reseña sobre los estudios politológicos, editada por el propio Vito dentro del marco de una bibliografía internacional promovida por el IPSA (cf. *Gli studi politici in Italia*, 1984). Vito era por aquel entonces presidente de la Asociación Italiana de Ciencias Políticas y Sociales y uno de los vicepresidentes del IPSA.

particular de la Sociología, de la Ciencia Política y de las demás enseñanzas que son necesarias para un pleno desarrollo de las materias mencionadas arriba» (*Gli studi politici e sociali in Italia*, 1965, p. 203).

Hay que registrar una última intervención en este rápido *excursus* a través de la historia institucional de la disciplina en la fase de la «relegitimación»: la intervención, también de Sartori, en el grupo de estudio sobre «Ciencias sociales, reforma universitaria y sociedad italiana» promovido por la Administración provincial de Milán y por el Centro Nacional de Defensa y Prevención Social (Milán, 17-19 de noviembre de 1967), donde se perfilaba uno de los temas preferidos de Sartori sobre la función de la ciencia política como saber aplicado.

La intervención de Sartori (1967) partía también de una amarga constatación respecto al papel reconocido a los estudios politológicos —«Para nosotros el año de gracia de 1967 es todavía el año cero, o poco menos» (Sartori, 1967, p. 4)—, para detenerse en tres puntos: las ramas de fundamento de la disciplina, donde distinguía las relaciones internacionales, la ciencia de la administración y la política comparada; las funciones de la ciencia, y sus usufructuarios. En cuanto a la función social de la ciencia política, Sartori la hacía coincidir con el esfuerzo encaminado a «sensibilizar la opinión (...) respecto a la existencia de una pauta de medida y de comparación», añadiendo que «una ciencia política “reconocida” y afianzada (...) está siempre en condiciones de incidir eficazmente sobre el “hábito” y el “planeamiento” del debate político». Los potenciales usufructuarios iban desde los políticos —que se trataba no tanto de «formar» («el hombre político es un “accidente”; surge quién sabe de dónde, y alcanza éxito por motivos que tienen bien poco que ver con una competencia cognoscitiva», *ibid.*, p. 14), como de «rodear» de una cultura política pragmática que le condicionara en su comportamiento— a la clase burocrática administrativa y a los especialistas en ciencia política.

Con el año 1970 se cierra, tanto a nivel de la elaboración de los fundamentos teórico-metodológicos de la disciplina como a nivel institucional, el ciclo que he llamado del «renacimiento». Por un lado, aparece en ese año la *Antologia di scienza politica* en edición de Sartori (1970), primera exposición sistemática de la ciencia política *mainstream* (esencialmente americana) al público italiano. La importante introducción de Sartori, con el título de «Para una definición de la ciencia política», proporcionaba la definición operativa que iba a servir de guía a una generación de politólogos. Planteada, si es que no ganada, la batalla con las disciplinas más tradicionales, quedaba por definir el objeto en relación con aquella ciencia social que había conocido un desarrollo mayor, la sociología. Sartori cifraba la diferencia entre sociología y ciencia política en que «1) en gran medi-

da, las variables independientes (causales, o explicativas) del sociólogo *no son* las variables independientes (...) del politólogo; 2) y que, en todos los casos, las variables *independientes* de uno se transforman en las variables *dependientes* del otro» (Sartori, 1970, p. 15).

Definición ciertamente restrictiva, como se ha subrayado recientemente (Sapelli, 1985), ciertamente no inmutable, antes al contrario, es preciso adaptarla a las siempre cambiantes relaciones entre sociedad y Estado, pero ha fijado una orientación operativa sin la que la ciencia política difícilmente se hubiera institucionalizado y habría conocido el desarrollo que la ha caracterizado.

1970 es también el año en el que de modo significativo se pone en marcha el primer concurso universitario de cátedras en ciencia política, completándose de este modo un ciclo de maduración e institucionalización iniciado diez años antes.

Ciencia y función de la ciencia en la enseñanza sartoriana

Hasta el momento he tratado algunos aspectos del proceso de reacreditación de la disciplina, deteniéndome en la aportación de aquellos investigadores que han contribuido a conferirle identidad y autonomía dentro del debate cultural y académico italiano, en concreto Bobbio, Leoni y Sartori. El significado y el alcance de la obra de Sartori son, por otra parte, de tanta envergadura, que no pueden agotarse en breves anotaciones como las que yo le he dedicado. Exige una profundización.

De la producción sartoriana tomaré aquí en consideración —limitándome a algunos aspectos útiles para mi tema— sólo aquellos trabajos en los que Sartori ha concentrado sus principales aportaciones metodológicas y de definición del campo de estudio, aportaciones actualmente reunidas principalmente en el volumen *La politica. Logica e metodo in scienze sociali* (Sartori, 1979). (El volumen recoge esencialmente los fascículos de 1959, v. *supra*, con pocos añadidos y modificaciones; la voz «La ciencia política», aparecida en la *Storia delle idee politiche, economiche e sociali* en edición de Firpo, 1972; y el ensayo con el que Sartori inauguraba la «Rivista italiana di scienza politica», fundada en 1971, con el título: *La politica comparada: premisas y problemas*.) Queda, por tanto, fuera de nuestra discusión *Democrazia e definizioni* y teorías substantivas como la del pluralismo polarizado (Sartori, 1982), que han influido ampliamente en el curso de los estudios politológicos en Italia, y otros trabajos (*cf.* Sartori, 1984) que deberían incluirse en un tratamiento más sistemático de la contribución sartoriana.

La concepción sartoriana de la política —como actividad y como ciencia— puede ser reconstruida a partir de estos puntos: 1) concepción del hombre como «animal simbólico» que reacciona no a hechos, sino a la interpretación y la valoración de los hechos; 2) definición de las ciencias sociales como ciencias que no pueden repetir —por lo dicho en el apartado 1— los métodos y el tipo de explicación propio de las ciencias naturales; 3) condición central del discurso político y del lenguaje para definir los diferentes tipos de saber; entre ellos, 4) una ciencia empírica de la política se configura como *saber aplicado*, a diferencia de la filosofía (que es un saber metapráctico) y del discurso ordinario (que no es ciencia); 5) un saber aplicado («instrumento para intervenir en la realidad») plantea el problema de las relaciones entre teoría y práctica como algo central; en particular; 6) el de la naturaleza de la teoría y su *eficacia* en la sociedad; y 7) las características de una acción llevada a cabo según los cánones de la nueva ciencia, que Sartori llama *acción razonablemente llevada a cabo*.

No sería posible ni útil repetir aquí todos los pasajes de esta compleja argumentación. Tan sólo me urge detenerme sobre algunos rasgos característicos del planteamiento sartoriano y sobre algunos problemas que nacen de la idea de ciencia aplicada, ya sea en relación con sus canales de intervención en la sociedad, o en relación con la objeción de los teóricos de la sociología del conocimiento —el hecho de que el pensamiento político esté ideológicamente condicionado—, objeción que se debería rebatir en primera instancia para que pudiera afianzarse un punto de vista científico. De este examen surgirán elementos de discontinuidad respecto a los clásicos, Pareto en concreto, sobre todo en materia de concepción de la ciencia, pero también algunos característicos puntos de contacto con la «tradición».

El punto de partida es la idea del hombre como «animal simbólico» que «no reacciona ante acontecimientos, ante cosas que efectivamente ocurren y han ocurrido, sino ante “expectativas de acontecimientos”» (Sartori, 1979, p. 53). El hombre, observa sutilmente Sartori, puede *crear* —mediante sus propias representaciones simbólicas— las causas de su comportamiento con una inversión en las relaciones de causa-efecto, de modo que esto impide toda significativa asimilación de las ciencias sociales a las ciencias naturales. La relación de causa, en las primeras, no puede ser probabilista e «indeterminada». Esto comporta un concepto de ciencia radicalmente diferente del modelo naturalista de Pareto, más ambicioso en sus posibilidades de aplicación práctica, ya que la intromisión de la «voluntad» y de la «razón» como principio activo del comportamiento (y no, substancialmente, autoengaño, como en Pareto), si bien actúa como

obstáculo ante la aparición de una ciencia exacta de la política, es también la base de su posible influencia en la sociedad (v. *infra*).

La actividad simbólica se expresa a través del lenguaje, «atributo fundamental (...) que caracteriza al hombre» (p. 7).⁴ El hombre está «instituido», no por una mezcla de inclinaciones naturales y de ideología como pensaba Pareto, ni tampoco —en última instancia— por sus intereses, como quería Marx; «el hombre está instituido por la conversación que recibe y por la conversación que emite» (p. 7), punto capital de la concepción sartoriana de la política (la política como discurso político), pero que no ha sido sometido —por lo que yo conozco— al análisis en profundidad que merecería. En cualquier caso, en el discurso político —originado, a diferencia, por ejemplo, del discurso de la física, *no* como lenguaje especializado, sino como un discurrir en torno a un objeto de interés común— confluyen tres tipos de discurso, que en aras a la brevedad resumo en el esquema de la página siguiente.

Este esquema requiere algunas observaciones. En primer lugar, la ciencia empírica de la política ha sido la última en nacer en un discurso que cuenta, como polos históricos, con el discurso metapráctico y especulativo de la filosofía, por un lado, y el discurrir común a la política, por el otro; debe desprenderse —creando su propio lenguaje secundario, sus propios conceptos y métodos de análisis— de las argumentaciones normativas y las disputas ideológicas. En segundo lugar, Sartori tiene especial cuidado en decir y repetir que dentro del conocimiento especializado no hay jerarquía sino complementariedad: filosofía y ciencia son *niveles de verdad* que responden a exigencias cognitivas diferentes (la esencia última de la realidad, por un lado; la realidad efectiva y su «funcionamiento», por el otro). Además: si no se situara fuera de la ciencia empírica, si no accediera a aquel nivel de problematización propio del discurso filosófico, la ciencia empírica sería ciega o se demoraría en problemas inesenciales.

En tercer lugar y por encima de todo, los tres tipos de discurso especificados son *tipos de conocimiento* (en sentido lato) pero también *referentes simbólicos de la acción*, guía para la acción política concreta. La acción del hombre que se inspira para su propia conducta en planteamientos filosóficos, es diferente de la de aquél que se ha acogido a los cánones de una ciencia empírica de la política, y también diferente de la conducta del hombre de la calle que habla de política. Una parte importante del trabajo de Sartori (1979, cap. V; cf. Sartori, 1958) en la que no puedo detenerme aquí, apunta a perfilar los trazos de un «criterio político» inspirado en una pauta empírica, «criterio» que Sartori define como el que da cuenta del

4. Cuando no se especifica de otro modo, nos referimos siempre a Sartori, 1959.

<i>Tipos de lenguaje</i>	<i>Tipos de discurso político</i>		
	<i>Filosofía política</i>	<i>Ciencia política</i>	<i>Discurso común</i>
Uso del lenguaje	Uso lógico	Uso lógico	Uso emotivo-ideológico
Uso y especialización de los términos	Especializado	Especializado	Irreflexivo
Método de formación de los conceptos	Conceptos especulativos	Conceptos descriptivo-observativos	Imitativos (receptivos del lenguaje culto)
Finalidad	Conocimiento último de las cosas	Conocimiento causal de los hechos	Finalidad comunicativa
Relación saber/práctica	Conocimiento no susceptible de aplicación	Conocimiento susceptible de aplicación	Persuasión respecto a la acción

cálculo de los medios (medios adecuados al fin), y de la posibilidad —siempre presente en materia de conductas sociales— de *resultados imprevistos y contraproducentes*. De modo que, escribe Sartori (pp. 8-9), «a la pregunta “qué es la política” (...) pretendo responder enumerando las principales “matrices simbólicas” donde se originan nuestras conscientes actitudes políticas».

Veamos más de cerca qué significa saber aplicado y qué criterios de verdad le corresponden. Ante todo, en la base de este tipo de conocimiento, hay un problema de lenguaje, de términos y formación de conceptos sobre los que Sartori no se cansa de insistir: en la relación entre término y objeto que define el significado de una palabra, el referente debe ser algo real, observable, descriptible (no un concepto carente de referente empírico); las palabras deben significar lo que representan, reflejar con precisión la realidad *diferenciada* que connotan, deben diferenciarse de los términos especulativos de la filosofía, que Sartori llama «ultrarrepresentativos», porque recogen todas las manifestaciones posibles de un fenómeno cuyo significado «último» quieren penetrar. Este lenguaje adherente a la realidad permite responder al problema, propio del conocimiento empírico, de *cómo* funciona y se transforma la realidad allí donde la filosofía se interroga sobre el *por qué* sin finalidades de aplicación inmediata.

El conocimiento empírico se produce, por lo tanto, para ser aplicado —al menos en un principio— a la sociedad: interesa —dice Sartori (p. 54)— «de *qué modo* una determinada realidad funciona porque me urge *operar* sobre esta realidad». El canon de verdad de una proposición empírica ya no es sencillamente, como en Pareto, la correspondencia con los hechos: el criterio de verdad estriba en verificar si, aplicada a la práctica, una determinada teoría funciona y produce efectos en correspondencia con la finalidad, según un clásico canon del pragmatismo (es verdad todo lo que funciona).

Todo ello implica una relación muy estrecha entre teoría y práctica (que efectivamente es tema central en Sartori), en el doble sentido de que el conocimiento científico debe poder convertirse —al menos en un principio— en *saber común* y hallar los canales para hacerlo; y en el sentido de que la ciencia debe contar con la aprobación de la objetividad y la imparcialidad para ser aceptada por los diferentes grupos de la sociedad como verdad de *expertos* y no verdad parcial.

Sartori tropieza aquí con los problemas que ya Pareto había encontrado y resuelto del modo escéptico que he mencionado más arriba (el saber científico no puede nada sobre la conducta de los hombres, ya que ésta se encuentra dominada por ideologías y pasiones), y los problemas no menos espinosos planteados por la sociología del conocimiento en materia de la

objetividad de la ciencia. El autor reconoce lúcidamente el dilema cuando se pregunta (p. 65): «¿Cómo especializar, hasta el punto de hacerlos inaccesibles a los profanos, el conocimiento y la ciencia política? Especialmente cuando vivimos en un sistema democrático, ¿qué sentido tiene tratar el tema político aisladamente, en términos incommunicables a los no especialistas?»

El abismo entre la ciencia y su público se amplía aún más cuando se piensa en la diferente naturaleza del discurso científico respecto al común (v. *supra*). No queda —concluye Sartori (p. 67)— más que resignarse al camino más largo, rechazando pactar con el discurso ideológico; y por el contrario, «actuar sobre las matrices culturales donde se originan las ideologías» (p. 67). Queda por saber cómo y a través de qué canales.

Sartori (1959, pp. 77-83) discute sobre Pareto a propósito de los autores que en materia de comportamiento social han establecido una radical discontinuidad entre teoría y práctica. Pareto (1964, par. 1788) se había expresado sobre este punto con su habitual nitidez: «La *práctica* es mejor cuanto más práctica es; la *teoría*, cuanto más teórica es. Pésimas, en general, son la *práctica* teórica y la *teoría* práctica.» Mucho mejor era para Pareto un sencillo empirismo, como aquél del que habían dado prueba admirable en otros campos los artesanos de la Edad Media (par. 1785). Para esta posición se presentaban dos motivaciones, una contingente: el persistente estado de atraso de las ciencias sociales; una más de fondo: referente al hecho de que los principios lógico-experimentales (el discurso científico) no cuentan con ningún asidero en ese amasijo de fe, sentimiento e ideología que mueve al hombre y el discurso comunes. Lo que es *verdad* no es necesariamente *persuasivo* ni *útil* para la sociedad.

Según Sartori, el error de Pareto había sido confundir un resultado de hecho (la ineficacia práctica de las teorías) con una cuestión de principio (la imposibilidad de una ciencia aplicada de la sociedad), mientras que los dos aspectos se mantenían separados y debían examinarse particularmente. El verdadero punto era saber si «es verdad o no que alguien predica bien» (p. 79). Ahora bien, sobre este punto el sociólogo-economista no se había mostrado tan «confuso» como coherentemente elitista, como se reivindica en este pasaje importante del *Trattato* (par. 1786), que precede en poco al citado por Sartori, donde Pareto lleva a cabo una explícita conexión entre su teoría del conocimiento y la teoría de la élite: «No topamos sólo con la dificultad de la materia que (nos) aleja (de la posibilidad de que la teoría no dé útiles prescripciones), sino incluso con la invasión de la metafísica (...) y con el hecho singular de que tal invasión tiene su aspecto útil, ya que el razonamiento con derivaciones metafísicas (...) es el único que muchos hombres son capaces de hacer y de comprender. Aquí se hace bien patente el

contraste entre el *conocer* y el *operar* (...) Aquí surge también un fenómeno importante, es decir, el de la eficacia, para deshacer tal contraste, de la división de la colectividad en dos partes, donde una, en la que prevalece el saber, rige y dirige a la otra, donde prevalecen los sentimientos; de modo que, en conclusión, el operar se halla bien dirigido y es fuerte.»

La imposibilidad de una ciencia aplicada era pues, en Pareto, relativa, no absoluta: se refería al vulgo y a los indoctos, no a la élite. Para ir más allá del planteamiento elitista paretiano, es necesario criticarle la concepción de la naturaleza humana y de la naturaleza de la «voluntad» (se ha dicho justamente que la sociología paretiana contiene una teoría de la acción, pero una teoría *no voluntarista* de la acción: Stark, 1965, p. 54). Y ésta es la dirección en la que parece moverse Sartori, que se sitúa entre una concepción intelectualista de la voluntad (la voluntad sigue lo que la razón manda) y la concepción antiintelectualista de Pareto (la voluntad es rebelde a la razón), postulando la posibilidad de una conducta racional en la que la ciencia tenga donde agarrarse.

Otros elementos sobre la intervención de la ciencia en la sociedad y las modalidades de esta influencia se extraen de la crítica sartoriana de Mannheim. Mannheim (1957) veía en la práctica política dos características básicas que explicaban por qué —de una de las actividades fundamentales del hombre— no había surgido nunca una *ciencia de la política*. La primera dificultad nacía del hecho de ser la práctica política «actividad creadora», proceso «donde cada momento da lugar a una situación irrepetible y donde (la ciencia) intenta aislar algo que tenga un valor permanente» (Mannheim, 1957, p. 126). En este aspecto la política se contraponía netamente a lo que Mannheim llama «administración», entendida ésta como actividad reguladora que opera sobre la base de reglas preestablecidas y compartidas, ámbito de la previsibilidad y de la «racionalidad», y por lo tanto, posible objeto de ciencia.

El segundo obstáculo, en relación con éste, era que la clase política se nutre de *lucha* y de *fuerza*, elementos a cuyo alrededor «se acumulan aquellos otros profundos elementos irracionales que nosotros habitualmente llamamos emociones» (Mannheim, 1957, p. 127). Si bien es difícil sentirse emotivamente «comprometidos» en un acto de la administración, donde los resultados están preconstituidos (y en cualquier caso previstos), es difícil no estarlo en una *lucha abierta* como la *lucha política*. De ahí el compromiso del observador y la «ley» —que Sartori llama «ley de Mannheim»— según la cual «las ciencias cualitativas se corresponden más o menos estrechamente con la situación social e histórica de los grupos en que se subdividen las clases sociales» (cit. por Sartori, 1959, p. 127).

Esta regla del condicionamiento ideológico del pensamiento social tenía, como el propio Mannheim había evidenciado, una excepción que para Sartori era tan importante que destruía la misma regla. La excepción consistía en aquella «clase-no-clase» que sólo atañe a los modernos intelectuales, la «*intelligentsia* socialmente independiente» que ha escapado a la educación común y a otros factores del condicionamiento de clase. Era la existencia de esta clase, producto típico de una sociedad compleja y pluralista, entera y consciente de los «descubrimientos» de la sociología del conocimiento, lo que según Mannheim había puesto por primera vez en la historia las condiciones para el desarrollo de una ciencia de la política «científica» (Mannheim, 1957, cap. III). Pero una excepción que tocara en concreto a aquéllos que profesionalmente piensan, era precisamente susceptible —observaba Sartori— de invalidar por entero la tesis del condicionamiento de clase del pensamiento.

Esto por lo que se refiere al punto perjudicial de la autonomía y la objetividad de la ciencia. Un discurso diferente, sin embargo, debía plantearse respecto a su *difusión* en la sociedad. Aquí la sociología del conocimiento sí había atinado. Si la tesis de Mannheim no valía para los intelectuales, en opinión de Sartori, sí valía para la masa —y es en este punto donde el planteamiento sartoriano recoge aspectos de aquel dualismo que hemos visto como propio de la «tradicción» elitista (cf. Sartori, 1970, pp. 23-24). La ley de Mannheim es válida, si diferenciamos los niveles del discurso, distinguiendo entre el *discurso común* (o acrítico) de los «receptores» de cultura, y el *discurso cognoscitivo* (o crítico) de los «inventores de cultura» (los intelectuales). El condicionamiento social no actúa entonces al nivel de *génesis* del pensamiento culto y científico, sino, más bien, al de su *difusión* entre las masas y al de los criterios en base a los cuales las masas eligen y se orientan (pp. 139-140). El «verdadero título de la sociología del conocimiento de Mannheim» (*ibid.*) estribaba en esto.

Dentro de estos límites y a través de estos pasajes que permanecen en parte inexplorados —en concreto la relación entre génesis y modalidades de difusión del pensamiento científico—, se explica la influencia de la ciencia en la sociedad. Influencia que se ve reducida ulteriormente, en el modelo general del *equilibrio* que Sartori recoge como el más adecuado para representar el sistema político y sus modalidades de funcionamiento, por dos factores más... Por un lado, por fenómenos mecánicos, inconscientes, inerciales (los «fenómenos de vuelta», en la terminología sartoriana) que desempeñan un gran papel al mantener compacto un sistema más allá de las voluntades conscientes de sus miembros; por otra parte, por la eficacia de otras formas del discurso político, diferentes al de la ciencia política, en concreto el discurso filosófico. Que el discurso filosófico, a

pesar de presentarse como saber metaempírico, tenga una eficacia práctica que «ha sido —y probablemente continuará siendo— en gran medida mayor que la (...) de la ciencia política» (p. 243), es una paradoja aparente que Sartori explica con la actitud de la filosofía de proponer *fin*es ideales y una concepción general del mundo, cosa que la ciencia por su naturaleza no puede hacer; de satisfacer, a fin de cuentas, exigencias fundamentales y primordiales del hombre («la necesidad metafísica es común a todos; la necesidad científica es común a pocos», Sartori, 1979, p. 245).

Hay una última razón específica de debilidad práctica de la ciencia política que concierne al desdoblamiento entre quien sabe y quien puede, desdoblamiento «constitutivo» de esta ciencia pero ampliamente ausente en otras (por ejemplo, la medicina). La ciencia política se enfrenta a la esfera delicadísima de la *manipulación de los hombres*, y no está claro cuánto poder es conveniente atribuir a quien tiene (y persigue) el conocimiento científico de estos mecanismos. Sin llegar al escepticismo de Pareto (1984, par. 86) —que confesaba haber escrito el *Trattato* sabiendo «que, por su reducido número de lectores (...) este libro (...) no puede hacer daño», pero se hubiera abstenido si «pudiera (...) creer que esta obra pudiera convertirse en libro de cultura popular»—, es evidente que también para Sartori la prudencia en el ámbito de la política nunca es excesiva.

Dependencia e interdependencia

Ninguna reconstrucción, aunque sumaria, de la evolución de la disciplina puede silenciar el hecho de que el «renacimiento» se haya producido en el seno de una intensa internacionalización de la ciencia. La politología italiana ha vuelto a nacer, en gran medida y mucho más de lo que ha sucedido en otros países (por ejemplo, Francia), de modo «conductista». Las tendencias y los cánones metodológicos propiciados por el *behaviorism* —insistencia en la investigación empírica y los estudios sobre el «campo», cuantificación de los datos, etc.— se han incorporado a la disciplina, convirtiéndose quizá en la tendencia prevalente del nuevo curso de estudios, como también al desarrollo de algunas facultades nuevas (pienso, por ejemplo, en la importante experiencia de Catania a principios de los años setenta). La entrevista, el *survey*, la observación participante, se han convertido, en relativamente breve tiempo, en instrumentos privilegiados de análisis, innovando radicalmente en materia de métodos y definiciones de los objetos de investigación.

Las modalidades y los canales institucionales de esta influencia que concernía no sólo a la ciencia política, sino al conjunto de las ciencias

sociales, han sido bien analizados en el ensayo que La Palombara incluye aquí y sobre los que polemiza a partir de tres diferentes índices de «penetración» (traducción de obras americanas, intercambios personales, investigación y adiestramiento). No es necesario volver sobre ello, salvo para hacer hincapié en el carácter *penetrante* de tal influencia, que no abarcaba tan sólo el campo de la investigación y las obras de referencia, casi todas americanas,⁵ sino también el de la formación del personal. La impresión, a fin de cuentas, es de una influencia que se ha visto mucho menos filtrada por la débil estructura institucional y académica italiana, y mucho más por la sensibilidad crítica de los autores individualmente.

Ante estos condicionamientos externos, ¿podemos hablar de un desarrollo *dependiente* de la ciencia política italiana? ¿Es adecuada la metáfora de las relaciones *centro-periferia*, recientemente propuesta de nuevo,⁶ para describir el sentido y las modalidades de la interdependencia? Sí y no. No hay lugar a dudas de que una ciencia hegemónica, como ha sido y es la ciencia política americana, tiende a imponerse —más allá de todas las cautelas de quienes la cultivan— como *modelo*, sugiriendo temas (y modos de afrontar los temas), enfoques, formas de organización de los estudios que se originan en su específica experiencia histórica.

El impacto del exterior ejerce, en segundo lugar, un condicionamiento importante porque los *tiempos* de los desarrollos que la disciplina conoce en los diferentes contextos nacionales no tienen por qué coincidir. De este modo, el conductismo, que por su naturaleza es un movimiento interdisciplinar común al conjunto de las ciencias sociales, afianzado bajo la divisa de la *unidad* de las ciencias, acababa insertándose en el contexto italiano, precisamente en la fase en la que la política y los que la cultivaban tendían a acentuar, no a eliminar, las fronteras interdisciplinarias. A nivel de contenidos, los enfoques que retomaban el conductismo tendían a colocar en segundo plano aquellos elementos —el papel de la *fuera*, del Estado, de la naturaleza específica del poder político— que no sólo son elementos ineliminables de lo «político», tal como ha sido históricamente vivida en

5. Tiene un interés mayor que el puramente bibliográfico la Bibliografía escogida de la ciencia política en apéndice a los fascículos sartorianos del cincuenta y nueve (Sartori, 1959, pp. 261-306). Salvo rarísimas excepciones (Duverger, Meynaud, B. Crick), todos los trabajos citados son de autores americanos, en concreto todas las obras «representativas y críticas» consideradas como fundamentos de la nueva ciencia (Wallas, Bentley, Catlin, Merriam, Lasswell, Easton, Morgenthau, etc.). Sobre la fortuna de Duverger en Italia, cf. Belligni, 1984.

6. En el Simposio del IPSA, celebrado en Helsinki en octubre de 1985, sobre el tema «Institucionalización y desarrollo de la ciencia política: relaciones centro-periferia y otros conceptos».

Europa esta categoría, sino que se han situado en el centro del pensamiento de los «clásicos» y de los elitistas en Italia.

Por último, el aspecto de la «periféricidad» aparece de modo evidente en cualquier bibliografía internacional, donde las citas de obras italianas son —por razones también lingüísticas— generalmente reducidísimas, y los escasos trabajos considerados hacen referencia mucho más a lo que he dado en llamar la «tradición» que no al curso de los estudios en los que se reconoce la nueva politología italiana. Considérese, entre todos ellos, el ejemplo de la reseña de la ciencia política de la posguerra, de Karl Deutsch, que abre el *International Handbook of Political Science* (Andrews, 1982), y que en una lista de más de cuatrocientos títulos menciona tres obras de tres autores italianos: Mosca, Mussolini y Pareto. (El trabajo de Andrews no contempla, entre los países reseñados, Italia, hecho ya de por sí muy significativo.)

En el otro plato de la balanza, al menos en los autores más informados tenemos que la recepción del conductismo ha sido selectiva y todo menos acrítica. Sartori (1979, pp. 239 y ss.) ha promovido críticas ampliamente compartibles y compartidas; entre ellas la de haber diluido la ciencia política en la sociología mediante una concepción «difusa» y «horizontal» de la política y el uso prevalente de datos socio-económicos (lo que lleva a privilegiar interpretaciones sociológicas y económicas de la política), haber pasado por alto el estudio de los mecanismos institucionales y de las decisiones públicas, y proponerse en última instancia —crítica que resume un poco todas las demás— «la desaparición de todo lo que es político» (Sartori, 1979, pp. 241-245; cf. Graziano, 1976).

Sobre otro plano importante —el de las relaciones entre ciencia política e historia— la recepción ha sido no menos cauta y selectiva. Es sabido que el conductismo y las perspectivas de análisis que se derivan de él, al subrayar la importancia del estudio de la actividad y del funcionamiento del sistema, caen en una amplia infravaloración de los factores históricos de génesis y desarrollo histórico de los sistemas. En la ciencia política italiana este lazo con la historia, aunque se haya visto sin duda atenuado y deba recuperarse, no se ha perdido del todo. Es significativo que en algunas aportaciones teóricas que marcan la politología italiana contemporánea —como la teoría sartoriana del pluralismo polarizado—, la teoría se asiente sobre la combinación de aproximaciones teóricas (en este caso, el modelo de competencia espacial) y una consideración más profunda de algunos aspectos estructurales del «caso italiano» (cf. Daalder, 1986).⁷ Lo mismo

7. Al modelo sartoriano se le puede criticar el dar una interpretación demasiado estática de la historia, sobre todo por lo que se refiere a la evolución del PCI y a su

resulta válido, de modo quizá más específico y significativo, para otra aportación importante: la definición de sistema político propuesta por Farneti (1971, parte I) como emancipación histórica del sistema político respecto a la sociedad, punto de encuentro y de síntesis entre las teorías de la sociedad civil y los teóricos de la élite.

La apertura de la política italiana a las corrientes internacionales merecería otras profundizaciones que aquí no es posible desarrollar, incluida la consideración de los factores —institucionales pero también culturales— que han facilitado la recepción en Italia de influencias externas (*cf.* las interesantes observaciones de Barbano, 1985, pp. 98-102 sobre la «americanización» de la sociología en los años cincuenta). De este *brassage* han surgido, en cualquier caso, estímulos y aportaciones, sin los cuales el desarrollo de la disciplina que documentan estas Actas habría sido sencillamente inimaginable. Pero ahí se han originado problemas, desequilibrios y discontinuidades que —al igual que toda la evolución, tan breve y tan intensa, de la nueva politología italiana— exigen ser tomados como materia de autorreflexión, en una más madura consideración de los caminos que la disciplina ha seguido en las diferentes fases de su desarrollo.

colaboración en el «espacio político». Pero es indudable que, aun dentro de estos límites, el modelo recoge aspectos decisivos de las características estructurales del sistema.